

A propósito del mensaje de Benedicto XVI sobre la cuaresma

Cope.es

Hace algún tiempo se difundió como noticia “novedosa” que la Iglesia había cambiado los pecados “tradicionales” (los denominados “*capitales*” porque están en la cabeza de los demás pecados: la soberbia, avaricia, lujuria, ira, gula, envidia y pereza) por unos nuevos pecados, que serían los verdaderos pecados: los “*pecados sociales*”. Es decir, los que van contra la justicia social y el cuidado de la tierra.

Era un malentendido, porque, para empezar, todo pecado tiene una raíz personal. Y, a la vez, todo pecado posee a los que nos rodean y a la tierra en que vivimos— no se tienen en cuenta o no se perciben como consecuencias de pecados personales.

La difusión de este tipo de noticias puede deberse a cierta reacción contra una perspectiva individualista del pecado. En efecto, si se piensa que el pecado sólo me afecta a mí y a mis relaciones con Dios, y a nadie más le importa, puede ser difícil reconocer su relación con la justicia.

El siglo pasado —como señalaba **Benedicto XVI** en un encuentro con el clero de Roma (7-II-2008)— se extendió hasta cierto punto una interpretación individualista del Evangelio, donde lo importante era la salvación de la propia alma, y esto —aún siendo fundamental— no podía ser plenamente cristiano; porque alguien se salva en la medida en que se entrega a los otros, para que ellos también puedan salvarse de sus límites, de sus dificultades, y, en último término, de una vida sin sentido.

Por eso el pecado nunca afecta sólo al que lo comete, aunque se trate de un oculto pensamiento. En la perspectiva bíblica y cristiana, el pecado es una injusticia a la realidad de las cosas, y, como tal, no queda en la esfera privada o individual, sino que de alguna manera afecta al mundo entero.

Actualmente quizá estemos —entre otras cosas por la ley del péndulo, que provoca una reacción contraria cuando algo es exagerado— en el otro extremo. **Juan Pablo II** habló de una “*pérdida del sentido del pecado*”, sobre todo, de su raíz personal. Y es por aquí por donde ahora parece venir el no reconocer la relación de la injusticia con el pecado. No ya porque no se vea que todo pecado es una injusticia, sino porque se tiende a reducir el pecado a la injusticia social.

Con esto el problema es que no se descubre la injusticia más “*radical*”: aquella que priva a cada uno de lo suyo, en aquello que más necesita y en el orden que lo necesita. Y como las personas necesitamos el amor, cuando no se nos da —o no lo damos a Dios y a los demás— cometemos una injusticia. No una injusticia cualquiera, sino la peor de todas las injusticias, la raíz de todas las injusticias que consiste en encerrarse en uno mismo, dando la espalda a la verdad más profunda de las personas y de las cosas; hasta llegar a convertirse cada cual en dios de sí mismo.

Tal viene a ser la argumentación del Papa en su [mensaje para esta cuaresma](#). La justicia según la Biblia y el Evangelio, no se puede explicar sólo con la expresión de **Ulpiano** (s. III) “*dar a cada uno lo suyo*”; porque la persona, “*para gozar de una existencia en plenitud, necesita algo más íntimo que se le puede conceder sólo gratuitamente: podríamos decir que el hombre vive del amor que sólo Dios, que lo ha creado a su imagen y semejanza, puede comunicarle*”.

Ciertamente, necesita de los bienes materiales (los alimentos, el agua, las medicinas). Pero “*además del pan y más que el pan, necesita a Dios*”. Y a este propósito el Papa recoge una observación de **san Agustín**: si “*la justicia es la virtud que distribuye a cada uno lo suyo... no es justicia humana la que aparta al hombre del verdadero Dios*”.

En cambio, según la Biblia —continúa el Papa— la justicia se aprende de Dios. Dios se apiada del pobre y del forastero, de la viuda y del huérfano. Y, como consecuencia, dicta los Diez Mandamientos, que no son sino una expresión de la justicia, con Dios y con los demás.

Por tanto, para entrar en la justicia es necesario salir del engaño de la autosuficiencia, **“del profundo estado de cerrazón, que es el origen de nuestra injusticia”**. Y para ello nada mejor que abrirse a Cristo, contemplar su muerte en la Cruz y llegar así a **“descubrir y aceptar la propia indigencia, indigencia de los demás y de Dios, exigencia de su perdón y de su amistad”**.

Claro que —como el núcleo último de todo pecado es la soberbia— esto requiere **“humildad para aceptar la necesidad de Otro que me libere de lo ‘mío’, para darme gratuitamente lo ‘suyo’. Esto sucede especialmente en los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía”**.

Por la obra de Cristo —concluye Benedicto XVI— **“podemos entrar en la justicia ‘más grande’, que es la del amor (Cf. Rm 13,8-10), la justicia de quien en cualquier caso se siente siempre más deudor que acreedor, porque ha recibido más de lo que podía esperar”**.

Al mismo tiempo, con esta experiencia **“el cristiano se ve impulsado a contribuir a la formación de sociedades justas, donde todos reciban lo necesario para vivir según su propia dignidad de hombres y donde la justicia sea vivificada por el amor”**. Este es —cabe recordar— el modelo que vivían ya los primeros cristianos: una justicia enraizada, presidida, enmarcada, perfeccionada y vivificada por el amor.

Un converso al cristianismo, **William Wilberforce**, consiguió en 1807 la abolición de la esclavitud, como se relata en la película *Amazing Grace* (**Michael Apted**, 2006). Hoy también se necesita seguir aboliendo otras esclavitudes. En primer lugar las de cada uno (liberándose de los falsos dioses de la codicia, la posesión o el poder injustos); también las de aquellos que en el seno materno están como en una prisión de alto riesgo, pues quizá acaben con su vida antes de ver la luz; las de tantos millones de personas esclavos del hambre, la explotación y la marginación; las de otros muchos enfermos y ancianos desamparados. Ojalá que a la humanidad no le falten liberadores y liberados, capaces de recibir esa **“maravillosa gracia”** que les lleve a rezar y cantar: **“Estaba ciego, pero ahora veo”**.

Ramiro Pellitero, Instituto Superior de Ciencias Religiosas, Universidad de Navarra